

Vivencias de la lengua y de la cultura de España

Juan Liscano

El *Logos* tomado como *habla*, fue anterior a la *escritura*, destinada precisamente a fijar el lenguaje mediante símbolos, signos, equivalencias, grabadas en la piedra o bien dibujadas en telas y pergaminos. La cronología de la cultura humana se divide en antes y después de la escritura, forma simbólica de transmisión del *habla*. El lenguaje humano, el *Logos*, el *Verbo* racional capaz de abstracción, sitúa en un lugar de privilegio a nuestra especie, lo cual no implica negarle a los animales sin escritura, su poder de transmisión oral, su inteligencia y su sensibilidad psíquica.

En el curso atormentado de las invasiones, emigraciones, dominaciones de tribus y pueblos, la lengua del vencedor se imponía, pero sin poder borrar de **un todo el habla de los vencidos**, y por *habla* entiendo la cultura, la mitología, la religión, las costumbres, las tradiciones de los conquistados a la fuerza. El imperio de la lengua constituía la expresión más evidente de dominio. Lo cual implicó que los dominados trataran de resistir mediante la comunicación

lingüística pública o secreta, en su propio idioma. El Imperio romano impuso el latín como lenguaje oficial y escrito, pero en sus dominios, los pueblos sojuzgados solían seguir usando su lengua, para mantener su identidad étnica aunque transculturada. Por lo demás, la transculturación y el mestizaje rigen todos los procesos sociales de los pueblos del mundo, con la excepción de islas étnicas puras y arcaicas, casi en extinción. El habla y las lenguas tampoco escapan a las más diversas mescolanzas.

No sé si los animales, a lo largo de los siglos, variaron los sonidos de sus manifestaciones vocales, pero el hombre sí, y esto es lo apasionante de su condición. Las lenguas que hoy existen en proceso de modificaciones que repudiamos frecuentemente, sobre todos los que practicamos alguna modalidad intelectual de escritura, son el fruto de innumerables braceos anteriores. El estudio de esas mescolanzas intrincadas constituye una parte importantísima de las disciplinas lingüísticas.

En el caso del español; el reco-

ruido empezaría con el conocimiento, hoy imposible, de las lenguas ibéricas, los nexos con los lenguajes celtas, la etapa decisiva cuando el predominio romano, del latín culto y del vulgar; los aportes del fenicio y del griego; de los idiomas germanos con la final imposición de los visigodos; la importancia de Al-Andalus y la asombrosa resistencia y expansión final del castellano, consecuencia de la caída del Imperio Romano; la fragmentación del latín, la anarquía de las guerras entre vándalos, alanos y nuevos aplastados por los visigodos; el hundimiento del reino de éstos en favor de la irrupción insospechada de los árabes.

El castellano se consolidó en función de la resistencia contra el Islam, en un pequeño reino fortificado (de allí procede el nombre: castillo, castellano), al norte de Burgos, cubiertas las espaldas por los pueblos libres del Cantábrico, los vascos, quienes conservaron su lengua contemporánea con las de los iberos. En ese espacio reducido, los reyes de León llevaron a cabo la hazaña inconcebible de la Reconquista, la cual fue fácil debido a la disgregación anárquica de la unidad política de los musulmanes. Más difícil fue lograr sin campañas guerreras, la unidad política, religiosa y económica española. En una fulguración deslumbrante, vista con la perspectiva de hoy, los Reyes Católicos de Aragón y Castilla, su linaje, sus ramificaciones borbónicas, entre finales

del siglo XV y hasta su declive y desmoronamiento cinco siglos después, edificaron el más extenso imperio conocido por el género humano, *donde no se ponía el sol*, como reza el dicho popular.

Esa dilatada aventura política fundada en el catolicismo, esparció el castellano por el mundo del Descubrimiento. Hoy en día, hablan español millones de seres, aunque en muchos casos, esa extraordinaria lengua de riqueza sustantiva, adjetiva, verbal, literaria, superior al francés, al italiano, al inglés o al alemán, -hablamos en un orden cuantitativo, no cualitativo-, padece un cada vez mayor deterioro ante lo que me atrevo a llamar: subdesarrollo poblacional hispanoamericano e imperialismo económico y tecnológico de los países intensamente industrializados. A la sombra imperial de los Estados Unidos se hacinan millares de chicanos, caribeños, andinos, en busca de trabajo y mejoramiento de vida imposibles, al parecer, en sus respectivas patrias. Esas turbas analfabetas y desarraigadas, sin llegar a dominar el inglés, adulteran el español creando toda clase de barbarismos y de neologismos. Lo mismo ha sucedido siempre con la atracción ejercida por los imperios inclusive antes del romano.

A esa deformación lingüista corresponde otra más grave, la escrita. Es el caso de ese periodismo latinoamericano alimentado sustanciosamente por el angloamericano- Londres y Nueva York son las mecas del capita-

lismo occidental-empeñado no sólo en destacar lo noticioso llamativo y erradicar cualquier conceptualización en la información, sino de titular y expresarse mediante verbalizaciones y sustantivaciones incorrectas y malsonantes como «posicionar» por tomar posición, «optimizan» por lo óptimo, «colapsar» a diestra y siniestra por agotarse, derrumbarse, desborelarse, «ofertismo» por ofrecer, «operacionar», por operar, «flexibilizar» por flexionar, el más que dudoso verbo «impactar» muy acorde con lo que se busca en el periodismo de choque. Si añadimos los términos producidos por el desarrollo científico y tecnológico, cabe alarmarse por el proceso de vulgarización neológica del castellano, diferente a los naturales mestizajes causados por aportes de palabras indígenas o africanas. En todo caso no existen normas lingüísticas hispanoamericanas, sino inflexiones, términos adoptados, apelaciones, dentro de la variedad de las repúblicas hispanoparlantes. El factor integrante lingüístico es el español. Y el mayor impulso desintegrador procede del inglés, de la terminología informática, de los medios de comunicación y de la especialización tecnológica y científica y no del trato con las lenguas indígenas o africanas.

Ello se debe principalmente al carácter subdesarrollado de la población de habla española que emigra a los Estados Unidos y al Canadá en

busca de empleos y de mejores condiciones de vida. Iberoamérica dista muchos de haber resuelto los inmensos problemas socio-culturales de sus países. Prueba de ello son los chicanos, caribeños, andinos, brasileños, haitianos sin recursos en busca de algún ingreso que eleve su situación. Desde el punto de vista de la lengua nacional, español, portugués o francés, se produce una mescolanza con el inglés que si bien permite a los emigrados entenderse con los de habla inglesa, altera su propia lengua ya de por sí limitada por su condición marginal.

II

Sería presunción insólita pretender exponer en unas cuantas cuartillas el esplendor de la cultura castellana y española, cuyo proceso de formación se vincula con la consolidación de la lengua en los siglos que mediaron entre la romanización, la cual sembró el latín culto y el latín del vulgo y, pasando por la heredad visigoda, los siete siglos de dominio parcial musulmán. Nada despreciable resultó el aporte cultural, literario y científico árabe, divulgador de formas de alta espiritualidad como el sufismo traducido a una experiencia única, por los místicos españoles del Renacimiento; como el helenismo cuando imperó la dinastía omeica en

Damasco, esfuerzo perfeccionado, en los más diversos aspectos filosóficos y literarios a lo largo de un proceso de extraordinario intercambio de conocimientos uno de cuyos momentos más culminantes para Europa fue el califato de Córdoba. Los árabes, en muchos aspectos, educaron a los españoles bajo su dominio, en cultivos agrarios, regadío, artesanía, comercio interior y exportaciones, arquitectura, matemáticas, medicina, astronomía, filosofía griega. García Lorca siempre reconoció como suyo Al-andalus y su cultura. Las monarquías arrinconadas al norte de la península, fungían de bárbaros en comparación con el califato de Córdoba. Pero la voluntad indomable de arrojar del territorio peninsular al Islam, fortalecía a la población y echó las bases de una hispanidad incipiente. En 1212 los castellanos ganan la batalla de las Navas de Tolosa; en 1217, se crea la unión entre los reinos de Castilla, Asturias, León y Galicia; en 1492 cae Granada, último bastión islámico en la península. Ese mismo año los Reyes Católicos, acuerdan financiar el viaje de Colón. Se inicia así la grandeza y expansión de España. Su cultura acarrea las influencias remotas ibéricas, las más importantes romanas, las débiles visigodas, las fecundas árabes y hebreas de las que brotan las *jarchas romances*, las *moaxajas*, las *glosas de sabiduría* de Dom Sem

Tobes. El castellano ya está consolidado como lengua del vulgo y como lenguaje literario. El *Cantar del Mío Cid* escrito **según** Menéndez Pidal, hacia 1140, constituye la epopeya de la guerra contra la ocupación musulmana. Al Cantar acompañará el *Libro de Alexandre* y el *Poema de Fernán González*. Estas tres obras son anónimas y por eso mismo producto genuino del genio castellano épico-realista. El lirismo encontrará cauce en las coplas de Jorge Manrique y lo religioso en la poesía solemne y noble de Gonzalo de Berceo. López de Ayala, en versos castizos reiteró los consejos morales tradicionales. Aprecio de un modo muy particular, la figura del Príncipe Juan Manuel, cuya obra singular quedó situada entre el fin del Medievo y el Renacimiento próximo. Nació en 1282 y murió en 1348. Para algunos historiadores como Le Goff en el siglo XIII la cristiandad alcanzó la cúspide de su poder. El siglo XIV alterará las esencias cristianas con el regreso del paganismo formal y filosófico. Juan Manuel, **en sus libros**, sobre todo en los cuentos *El Conde Lucanor*, abrevia su **genio** en la tradición, pero también **en la narrativa** de la India y **de la antigua** Grecia. En cambio Fernando de Rojas y el Arcipreste de Hita están más vinculados con el genio **tradicional** hispánico, en particular **en relación** con la sexualidad, **drásticamente re-**

primida con el triunfo católico de la Reconquista, pero actuante como influencias psíquicas de la heredad visigoda y árabe difícilmente compaginables con el dogmatismo de la Inquisición. El punto clave era el pecado mortal de la sexualidad libre. La confrontación dio lugar a dos actitudes divergentes, la del misticismo, sublimatoria del amor y del deseo proyectados hacia la divinidad crística; y la licenciosa, inaugurada por el Arcipreste de Hita.

Para mí, el misticismo cristiano español, sin continuidad después del luminoso brote renacentista, estaba saturado de *sufismo*, alta forma de espiritualidad amorosa divinal, presente en el Al-andaluz. Uno de los místicos *suf* más extraordinario fue Ibsn Arabi, nacido en Murcia, en 1165 y fallecido en Damasco, en 1240. Esta relación mística ha merecido la atención minuciosa de varios historiadores como Miguel Asín Palacios.

La contraparte de la sublimación mística sexual produjo el realismo, *La Celestina* y pese a quien le pesare, la sátira y la obra licenciosa rotunda o moderada. La mayor parte de estos autores de los siglos XV, XVI y XVII fueron clérigos. Los unos ahorcaron los hábitos, los otros no. Cabe recordar a los grandes: Juan Ruiz, Arcipreste de Hita; Lope de Vega, autor de *La Dorotea*; Luis de Góngora y Argote; Tirso de Molina (Fray Gabriel de Téllez). Otros

menos famosos, mantuvieron la línea disidente y lujuriosa: Fray Diego de Valencia cuyo poema «a una bella muchacha», alude galantemente, al «vergel muy delicioso», «muy deleitoso», pero de «entrada oscura», «obra por natura y de morar muy peligroso». Fray Diego calificó a la fornicación, de obra piadosa. El cura Alfonso Martínez dejó una narración, *El Corbacho*, de intensa carnalidad: *La Lozana Andaluza* del sacerdote libertino Francisco Delicado, gustaba mucho al poeta Apollinaire; Fray Cristóbal de Castillejo cultivó un realismo descriptivo harto crudo; los sacardores abjuros, Antonio Gavín y José Marchena formaron parte de la contemporaneidad de Goya.

Este apunte, de seguirlo desarrollando, nos llevaría a un ensayo sobre el tema del erotismo español dominado por tres rasgos violentos: la sátira, el sentimiento del pecado y la misoginia de la cual ofrecen ejemplos patentes *Don Juan*, Quevedo, el Espronceda pornográfico descubierto por el erudito Jorge Campos, asomado ya en su poema *El estudiante de Salamanca*, y el inefable *Arte de las putas* de Moratín.

Para mi no cabe duda. Desde un punto de vista general, fue un error de la Iglesia, comprensible por lo demás, montar hasta hogueras en torno al pecado de la carne, salvo en el matrimonio, y con miras a la re-

producción. El celibato y la ascesis sexual deben ser elecciones libres y no dogmas o imposición. Lo cierto es que la metrópoli de la Reconquista contra los infieles, en este caso los musulmanes, produjo una literatura erótica de gran crudeza y realismo, más procaz que imaginativa, más satírica que crítica. El realismo de la misma saturó la heredad mestiza americana, la cual resultó más pornográfica que perversa, a la manera francesa o inglesa.

Hay estudiosos que aluden al gusto por el chascarrillo grosero y la promiscuidad visigoda como influencia en la erótica hispánica. No olvidemos que según la versión española, esa tierra perdió su libertad y fue invadido por los árabes, debido a la debilidad que el rey visigodo Rodrigo tuvo con La Cava, cuando la vio desnuda, bañándose. Allí empieza el pecado.

III

Quizás convenga, antes de poner el punto final a esta intervención escrita destinada a evocar la importancia de la lengua española en el día del idioma, referir mi experiencia de hispanoamericano y las poderosas comprobaciones y vivencias suscitadas por esa condición, en referencia con la cultura española.

Nací el 7 de julio de 1915, en Santiago León de Caracas, una peque-

ña y encantadora ciudad a los pies de la serranía de El Ávila, cuya población no pasaba de 250.000 habitantes, rodeada de haciendas de cañas, siembra de hortalizas, arboledas dispersas o cubriendo las orillas del río Guaire y de sus afluentes, los cuales solían crecer en la temporada de las lluvias. En las faldas de la montaña abundaban haciendas de café. Mi caraqueñidad infantil se vio perturbada por un primer viaje a Europa, a Francia, donde en un preescolar dirigido por venerables señoritas, aprendí los rudimentos y el acento de esa lengua. De modo que París tapó mi condición de hispano acriollado. Mis apellidos eran de origen vascongado e italiano.

Ninguna ráfaga de españolidad sopló sobre mi infancia, salvo las veces que un tío mío me llevaba a oír y, luego, a visitar en el camerín, a famosas cupletistas. El acento andaluz y el modo de actuar en el escenario de esos conjuntos, se confundió en mi inteligencia de niño con una fiesta de mujeres bonitas y las banderas y uniformes de las tropas que en el Museo bolivariano, peleaban contra las huestes venezolanas. Mi breve pasaje por el Colegio de los Jesuitas, en Caracas, despertó de un modo impreciso y más bien autoritario, un catolicismo que no podía desligar del recinto colegial y de los cromos del purgatorio, el cielo y el infierno, además de los ritos religiosos a los que prestaba poca atención,

por cuanto aprovechaba las estadías en la capilla para divagar y soñar con los juegos en el corral de mi **casa, en** compañía de mis primos hermanos, consistentes en representar dueños y faenas de haciendas.

Sucesivos viajes a Europa en plan de turismo, con mi madre viuda y parientes suyos, me llevaron a España. Asistí a la Semana Santa, en Sevilla. Despertó en mí algo difícilmente expresable: asombro, maravilla, dolor, encuadrado en una ciudad como de otro mundo. En 1929, vuelta a casar mi madre después de 11 años de viudez llorosa, empecé a convivir con España en el internado suizo donde me pusieron a seguir curso. No sólo entré en contacto con adolescentes como yo, procedentes de toda las regiones de España -Cataluña, Castilla, Galicia, Andalucía-, sino con el profesor de **español**, Alirio Jiménez, un andaluz esteta con aspiraciones a poeta, quien no sólo perfeccionó mi gramática, sino me introdujo en el mundo desconocido de las letras: clásicos, místicos, contemporáneos. De Juan Valera y su *Pepita Jiménez*, que me estremeció, a Rafael Alberti, de Benito Pérez Galdó a Juan Ramón Jiménez, de Calderón de la Barca a Bécquer. Jiménez despertó mi interés por la literatura y la **poesía**. Solía enseñarme sus propios versos que no sabía yo cómo calibrar, pero que me revelaban el prodigio de la emoción poética.

Me mudaron de escuela. En la

nueva institución pedí lecciones de español. El profesor muy simpático y engreído de saber, fumador de cigarrillos aspirados con boquilla, bajó el tono. Lo suyo era, por ejemplo, Pedro Mata, cuya novela *Un grito en la noche*, me dio a leer con sigilo advirtiéndome que era un tanto inmoral. Se trataba de un melodrama que hoy situaríamos en el orden de los • «best-seller» y telenovelas. Sin embargo, abrió mis ojos al realismo literario español. Y oí hablar de Valle-Inclán por primera vez. Además, en el nuevo colegio, montaron en traducción francesa, *Los Intereses Creados* de Jacinto Benavente, los cuales me impresionaron mucho y descubrieron, para mí, el turbio mundanismo de las componendas y de las complicidades humanas.

Alirio Jiménez era republicano. El otro, más bien monárquico. En la escuela suiza aprendí el amor al balompié, los nombres de los equipos: Barcelona, La Coruña, el Madrid...El regionalismo hispánico. El tema político ya estaba en el aire: a mi regreso a Venezuela, en 1934, rico con mi saber de España, me hundí en la lectura de Valle-Inclán, Unamuno, Antonio Machado, volvía a Bécquer, añadí Espronceda, exploré con pasión *La Celestina*, gusté de Góngora, devoré a Fray Luis, a San Juan, de la Cruz, me incliné ante Jorge Manrique, me aburrí el *Cantar del Mío Cid*, nunca le pude entrar de lleno al *Quijote* (y es la

primera vez que lo confieso), pero sí al *Lazarillo de Tormes*, al *Buscón* y a las *Novelas Ejemplares*. En ese proceso que empezó con Alirio Jiménez y se extendió hasta mi regreso a Venezuela, poco antes de la Guerra Civil, se afirmaron como autores de cabecera, Unamuno con su visión trágica de la existencia, Juan Ramón Jiménez, como *sumum* de espiritualidad poética laica, y Federico García Lorca, no en la producción admirable popular, sino en su poesía surreal, de profundo buceo anímico desgarrado, por momentos profética como en *Poeta en Nueva York*, escrito entre 1929 y 1930, grito confesional hacia el mundo, operación purgativa que lo purificó para escribir *Diván del Tamarit*, *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, *Casidas*, *Sonetos* y teatro de deslumbrantes revelaciones oníricas y espirituales.

Si bien reconocía la genialidad lorquiana en el tratamiento dado a la cultura popular tradicional, encontraba en el lenguaje metafórico surrealista suyo, un poder mágico de transmutación que satisfacía mi interés por el símbolo, **la esoteria**, la iluminación. Gracias a Lorca, a la música de Falla, de Granados y de Albeniz, a la danza flamenca y, en general, a las danzas y festividades tradicionales y populares, me sumergía en las aguas fecundas de la españolidad más homogénea. Y busqué en la cultura venezolana, las resonancias y las formas de la península. Si la cultura francesa me ofrecía

las vías de la inteligencia analítica, de la composición estudiada, de las síntesis racionales, de las rebeliones existenciales, encontraba en la tradición española, la vinculación con el origen, el duende trágico y creador, la magia arcaica, los sedimentos de mi propia habla. Noche sobre los jardines de España, de Falla, a medida que desarrollaba su prodigiosa música entre impresionista y sublimadora, me empujaba hacia esa Otredad que anhelaba y que continúo deseando, es decir, esa posibilidad de comunicación mediante el espíritu, con la trascendencia, ante la que queda pulverizada la inmediatez rapiñosa humana.

Mi tributo involuntario a Lorca, a Falla, al poder mágico del alma española, lo consigné en *Contienda*, un poemario publicado en 1942, premiado, cuyo mayor defecto estriba en la influencia del lenguaje metafórico y surreal de Lorca. Al tomar conciencia de esa irresistible dependencia, de esa alienación gozosa, me abstuve de publicar otro poemario alimentado también por el Lorca de Poeta en Nueva York, y de *Diván del Tamarit*, titulado *Recuerdo del Adán Caído*.

Algo me asombró cuando leí en 1938, su pieza de teatro *Así que pasen cinco años*, definida por él como «Leyenda del tiempo en tres actos y cinco cuadros», escrita en 1931. Sobre esta obra pasó la sangrienta tormenta de la guerra civil, (1936-1938), preludio de la Segunda Guerra Mundial. La primera

compilación de sus *Obras Completas* es fruto del exilio de la inteligencia republicana. Guillermo de Torre, refugiado en Argentina, publicó con el sello de la Editorial Losada, siete tomos contentivos de todo lo que se conocía de Lorca, hasta el año de 1938. confirmé la clarividencia del alma de Lorca al leer, hacia el final del primer acto de la obra antes dicha, lo siguiente:

Amigo 2

Atrás se queda todo quieto: ¿cómo es posible que no lo sepa usted? No hay más que ir despertando suavemente a las cosas. en cambio, dentro de cuatro o cinco años, existe un pozo en el que caeremos todos.

Viejo (furioso)

Silencio

Joven, temblando, al Viejo

¿Lo ha oído usted?

Viejo

Demasiado (sale rápidamente por la puerta de la derecha).

Según el tomo publicado por Losada y Guillermo de Torre, esta pieza de teatro concluida estaba fechada: 1931. Así que pasados 5 años, en 1936, estalló la guerra de España dejando un millón de muertos y arrojando al exilio a miles de ciudadanos. Lorca fue fusilado. Se había cumplido la profecía de este grandísimo y purísimo poeta, en la dimensión del espíritu y de la mente, quien consciente de su homosexualidad desgarrada, escribió una «Oda a Walt Whitman», como él homosexual, maldiciendo a las mari-

cas, pero aceptando el amor viril. Lorca sentía el acoso de lo que hoy forma parte del abominable *jet set* publicitado y publicitario: el invertido, el varón que se siente hembra, el travesti, el «gay» pasivo y profesional. En la citada Oda, define su conflicto sexual y concluye:

«Puede el hombre, si quiere, conducir su

[deseo

por vena de coral o celeste desnudo;

mañana los amores serán rocas y el

[Tiempo

una brisa que viene dormida por las

ramas».

Después de su fusilamiento en el amanecer de agosto de 1936, su vida, su muerte, sus incidencias vitales, han sido ampliamente estudiadas. En las horas que precedieron su fin, desde el momento mismo de su arresto, demostró entereza y conciencia de su destino.

La Guerra de España señala un hito mayor en mi vida. Como joven liberal, tomé parte por la República. Merecí una distinción del gobierno exiliado. Cultivé con alborozo las amistades ibéricas. A Venezuela llegaron José Bergamín, el insigne Juan David García Bacca, Pedro Grasses de vasta obra docente, bellista e historicista, José Luis Sánchez Trincado quien se quitó la vida, mi fraternal compañero de investigaciones folklóricas y experimentaciones humanas, Abel Va

lmitjana, de paso, Eugenio Imaz, el noble Dr. Augusto Pío Suñer, el notable dibujante Ramón Martín Durbán, y muchos más que enriquecieron la generación pensante y actuante contemporánea de aquellos emigrantes y desterrados. El diario *El Nacional* nació en 1943, con su nuevo estilo periodístico que creó escuela en Venezuela, bajo la orientación de un puñado selecto de exiliados; Paz y Mateos se entregó al teatro. Lo cierto fue que en esa Venezuela recién emergida de la dictadura del General Gómez, la emigración intelectual española tuvo el resplandor de un bello amanecer y fructificó en un Instituto Pedagógico Nacional que brindó a la docencia y a la escritura, una promoción incomparable hoy, de profesores y alumnos.

Para esa época mi españolismo estaba en su cúspide y se unió a mi vocación súbita de investigador de la cultura popular venezolana. Fue una fiesta ir atando los cabos: música, poesía, habla, decires, conseja, creencias, festividades. La nervadura cultural criolla ponía en evidencia la presencia española, unida a la indígena y a la africana. Así pude, en regiones distintas, reconocer a España en joropos, corridos, polos, jotas, malagueñas, puntos y llantos, golpes, salves de velorio, coplas, décimas, danzas de pareja, ritos. Recuerdo la grabación efectuada a Saturno Cornejo, joven guardabosque de El Avila, cuya voz fresca y aguda, cónsona con la arboleda, entornó el «corrido del Pajarillo»,

variante acriollada del romance del siglo XV que, con el nombre de «Amor más poderoso que la muerte», figura en el libro *Flor nueva de romances viejos*, escrito por don Ramón Menéndez Pidal y con el que concluyo este imperfecto y precipitado recorrido por los vastos predios de la lengua y de las culturas hispánicas identificadas con las expresiones seculares de su pueblo como ninguna otra de origen latino.

*Ha bajado el conde Olivo
la mañana de San Juan
a dar agua a su caballo
a las orillas del mar.
- Mientras mi caballo bebe,
siéntome un poco a cantar.
Aves que iban por el aire
se han parado a escuchar.
Una madre y una hija
que vivían junto al mar
dice la madre a la hija
con cariño y con piedad:
- Levántate, hija querida,
levántate, hija, a escuchar
las sirenitas del mar
y su modo de cantar.
- A aquellas no son sirenas
ni su modo de cantar;
aquel es el conde Olivo
que a mi me viene a buscar.
Y le contestó la madre
que se pudo molestar
- Si el conde Olivo viniese
lo mandaremos a matar.
Ahí le dice la hija
con cariño y con piedad:
- Si matan al conde Olivo
yo viva no he de quedar.
A él lo entierran en la iglesia,
a mí debajo del altar;
de mí saldrá una paloma,
de él un fuerte gavilán.*